La primera promesa del Consolador

Adrienne De Speyr

Meditación sobre Juan 15-17

Jn 14, 16 *Y pediré al Padre y el ls enviar a otro consolador para que esté con ustedes para siempre*.

Y esto es probablemente la primera súplica del Hijo al Padre que la expresa como tal. Pide algo que se puede comprender como resultado de su misión: que alguien estaría para siempre con los hombres. Esto se lo pide al Padre, no lo exige. Y no lo pide todavía para ahora sino lo pedirá más adelante, esto quiere decir cuando regresará al Padre. También el hecho que pida y no exija es una consecuencia de su vuelta al Padre. Es que vuelve a la plenitud del amor y esta plenitud del amor compromete al Padre para que le cumpla cualquier deseo, a él que ha hecho todo por amor al Padre. Con todo, el hijo que regresa, se siente nuevamente totalmente como hijo; no quiere decir otra cosa más que será él que de ahora en adelante vive solamente de la gracia del Padre. Es como quien ha abandonado el Padre con una misión y luego sin cualquier reclamo regresa al Padre solamente por puro amor. Pero también con nuevas propuestas. Pues en el camino ha recogido experiencias en su humanidad. También ha tenido la experiencia que el hombre no puede vivir sin consolador. Lo ha comprobado de la manera más amarga en su propia persona. Ya ahora, aunque no se encontraría todavía en esa soledad extremada, ya ahora él sabe: es imposible vivir en la tierra sin consolador. Ser despojado del consolador es ante sus ojos lo más terrible que tendrá que sufrir; algo totalmente inhumano. Morir en la fe es fácil; pero morir abandonado el horrible. En su caminar como humano por la tierra hasta ahora siempre ha tenido a su disposición al Padre que habitó en él. Observa que también los humanos necesitan algo que habite en ellos, que los capacite para que puedan pertenecer realmente a él y al Padre, quiere que alguien amplíe más espacio para ambos, y esto solamente puede hacer el Espíritu Santo. Nuevamente el Espíritu es el que pone en comunión, que funde el uno en el otro, que obra la unión entre Dios y el hombre.

Jamás el hijo habría llegado hasta dentro de los hombres si no estuviera actuando el Espíritu que coloca a los hombres dentro del sentido y la visión del hijo. Con todo, hubiera podido suceder que el hijo presentara su mandato del amor sin que los hombres se sentirían aludidos. Le hubiesen objetado que este mandato no les interesa, que otras cosas, como, por ejemplo, hacer nuevos descubrimientos, leer libros y hacer política sí podrían acaparar su propio espíritu. Hubieran podido dar la espalda al mandato del amor. Esto no es por casualidad. Ha sido el espíritu que en la Madre del Señor ha preparado el nacimiento del hijo. La Madre ha dado su consentimiento. Ella misma dice que sí. Puesto que ha hablado se forma en ella el Hijo por obra del Espíritu Santo. También nosotros tenemos en algún momento decir que sí; y entonces el Espíritu Santo hace crecer al Hijo en nosotros.

El espíritu Santo siempre es enviado desde el Padre. No obra sino en esta misión desde el Padre que se realiza en respuesta a la súplica del hijo. No es posible pensar que sople el espíritu donde el Padre y el hijo no están. Que, por ejemplo, convierta a un hombre hoy en día del paganismo al judaísmo. Siempre sopla entre el Padre y el hijo, entre el hijo y el Padre, perteneciendo a los dos.

Es el que ha hecho que el hijo se haga presente en la Madre. Él ha bajado sobre el hijo mismo y lo ha conducido desde entonces.

Pero ahora, el hijo ha vivido en el mundo y ha realizado una acción directa, ahora es su misión está llegando a su fin y todo podría quedarse tullido y pálido. Esto mismo sucedería si no fuera todo mantenido en la situación de la inmediatez por medio del espíritu. Que esto sea posible, es un efecto y una función de la cruz. Sin embargo, es el espíritu que obra para que la cruz no se convierta en un hecho de una sola vez y se acabó. Más bien se constituye en una presencia viva indestructible que, al mismo tiempo, continúa siendo como una realidad perdurable. Efectúa ambas cosas: la realidad eterna y la eternidad real de la salvación. Es permanente vivificación del hijo, ensancha las almas en el sentido del hijo. Da a las almas el justo relieve y gradúa dentro de ellas los niveles de la importancia. Está enraizado en lo más íntimo de las almas dentro de sus fuerzas de las cuales no son conscientes y también en sus impulsos; está emparentado con estos impulsos de manera misteriosa, nos dirige, nos da vida, nos regular, nos dirige hacia aquello que debería ser.

Custodia la totalidad de lo inconsciente del alma y lo utiliza según la mente de Dios. No es por nada que justamente la concepción de la Madre sea una obra del espíritu Santo. Que se pueda llevar adelante un matrimonio cristiano totalmente en el Señor, que también lo impulsivo pueda utilizarse e insertarse de manera sin problemas y correctamente es total y el realmente una obra del espíritu Santo. Pero también la vida espiritual del hombre, su obrar espiritualmente cobra sentido y es fructífero. Sin él quedaría muerto y secado, un juego sin sentido; por él se convierte para Dios y para los hombres en algo vivo y útil. No es por nada que el espíritu Santo sea un espíritu de ciencia y de sabiduría y de todos los dones espirituales. Él sabe transformar todas las apetencias naturales legítimas del hombre en apetencias cristianas. También es capaz de cualquier situación humana que parece haber llegado a un fin sin salida, - por ejemplo, de un matrimonio sin hijos – de formar algo que comienza de nuevo, algo en Dios y lleno de sentido y vivo. Por medio de él todo se vuelve fructífero y siempre es él como quien obra en el ser más profundo del hombre, en lo que es lo más humano; lo dirige hacia Dios como quien lleva lo más íntimo hacia lo exterior.